

EDUCACIÓN Y FRONTERAS CULTURALES EN CENTROAMÉRICA

Jacinto Ordóñez Peñalongo

Quisiera comenzar razonando el tema "Educación y fronteras culturales en Centroamérica" solicitado por los organizadores de la presente convocatoria del Consejo de Facultades Humanísticas de Centroamérica (COFAHCA); se trata de una temática con preocupaciones centroamericanistas. En segundo lugar, el tema planteado se da en un contexto de humanistas provenientes de diversos países representados en este consejo; esto es, se trata de un tema con preocupaciones humanistas. En tercer lugar, existe una preocupación porque este tema vaya más allá de las fronteras político-administrativas y geográficas y que se ubique en la perspectiva cultural; esto es, que se trata de un tema que se plantea en el contexto de la vocación educativa. Por estas razones, propongo que el tema que ahora abordamos siga esta agenda que, según interpreto, es la agenda fundamental de la vida de COFAHCA.

Posiblemente esperan algunas respuestas a los problemas que plantean a la Educación Superior la presencia de fronteras culturales en la América Central; sin embargo, es obvio que sería una osadía intentar hacerlo, en pocas palabras. Por eso, quisiera más bien referirme a algunos aspectos para su posterior investigación.

Las Fronteras Geográficas y Culturales de Centroamérica

Parece sintomático que sean los humanistas los que se impongan la discusión

referente a las fronteras culturales y que esa discusión se realice a la altura del año 2000, punto de partida del nuevo milenio. Digo que parece sintomático, porque al mismo tiempo, las fronteras tradicionales están en crisis y surgen nuevas fronteras.

Las fronteras de los países centroamericanos que actualmente existen son la herencia de la política colonial española que todos conocemos. La conquista de Centroamérica se dio entre los años 1524 y 1540, excepto la Costa Rica central y atlántica, habiéndose creado en esta región, dos ejes de poder principales: Guatemala y Panamá, que comenzaron con la poderosa influencia de Hernán Cortés en México y Pedrarias Dávila. La rivalidad por lograr la hegemonía de estos dos ejes produjeron rivalidades y batallas innecesarias. Por ejemplo, la isla de Chiriquí, en el Golfo de Nicoya de Costa Rica, fue conquistada en 1524, pero abandonada y vuelta a conquistar por la presencia de las dos férreas personalidades antes mencionadas que se disputaban el dominio político-militar de la región.

Lo cierto es que las fronteras que separaron a Panamá del contexto centroamericano, podríamos decir, tiene sus antecedentes en estas rivalidades de conquista. Además, las fronteras centroamericanas fueron el producto de la organización político-administrativa colonial, política que también organizó gobiernos

regionales (virreinos) y capitánías generales. Los virreyes y los capitanes generales eran de la nobleza española y gobernaban con plenos poderes y en nombre del Rey, existieron audiencias, juntas consultivas y tribunales de justicia que representaban también la autoridad real. Hubo unidades político-administrativas locales tales como gobernaciones, alcaldías mayores, corregimientos y, posteriormente, intendencias que la Corona impuso de acuerdo con las características de cada provincia y del momento económico que se vivía. Así fue como la capitania general del Reino de Guatemala se dividió en cinco provincias, ahora con sus respectivas fronteras y ya convertidas en pequeñas repúblicas.

Sin embargo, al hablar de fronteras en Centroamérica, COFAHCA no toma como criterio el político administrativo colonial —aunque lo tenga presente— pues habla de fronteras culturales. Incluso, desde sus primeros momentos de vida, se habló más de la realidad centroamericana, pero de una realidad que cruza las fronteras geográficas. A manera de ejemplo, una de las primeras revistas de COFAHCA (N° 3, Agosto de 1994), dedica más del 50% al pensamiento tradicionalmente no considerado como centroamericano: artículos sobre José Martí, incorporación del pensamiento del Caribe Hispano; la situación Panameña; negación de aquellas rivalidades españolas; y sobre un pensador de Brasil, incorporación de Centroamérica al pensamiento continental. Es decir, consciente o inconscientemente, COFAHCA no se ha limitado al concepto colonial de fronteras ni se limita a pensar las fronteras actuales como signo de separación y control administrativo, sino como oportunidad de relaciones entre los pueblos,

Esto significa que no prevalecían aún las fronteras coloniales, así aceptadas por estos pueblos, cuando las cinco provincias centroamericanas y Panamá declararon su independencia de España. Esto, a pesar de las luchas nacionalistas de Justo Rufino Barrios a fines del siglo XIX. Aquellas luchas centroamericanistas tuvieron el problema, a pesar de haber caminado más de sesenta años de independencia, de haber pensado superar las fronteras con criterios también coloniales. Liberales sí, pero todavía con criterios colonialistas.

A mi juicio, los criterios centroamericanistas que representa COFAHCA renuncian al criterio colonialista y asumen un criterio cultural. Y esto se debe a que en los últimos años, especialmente en los años de la década de 1990, se ha comenzado a oír la voz de grupos que han arrastrado por centurias y milenios fronteras culturales que los discriminan. Por ejemplo, las fronteras de los pueblos indígenas que crean no sólo lo que se ha llamado "fronteras culturales internas", sino que han sobrepasado las fronteras político-administrativas. Por eso se puede hablar de Chocós, Cunas y Guaimíes en Panamá, sin pensar en las fronteras político-administrativas impuestas por España; se puede hablar de cultura náhuatl y caribe en Nicaragua sin pensar en esas fronteras, de influencias maya y caribeña en Honduras, sin darle importancia a las fronteras políticas heredadas, y de presencia maya en Guatemala, El Salvador, Chiapas, Tabasco y Yucatán, sin pensar en las fronteras políticas que actualmente prevalecen.

No obstante, lo dicho sobre los indígenas sólo es una parte del cuadro total de las fronteras culturales presentes en nuestro países y, como un todo, en Centroamérica hace falta,

por ejemplo, las fronteras que existen con el sector mestizo, el ladino, el negro, el blanco y sus diferentes matices culturales. Incluso, como veremos, hace falta mencionar nuevas fronteras en nuevos espacios culturales que están en formación, dadas las nuevas circunstancias que presenta una cultura globalizada. Por esta razón, nuestro concepto de frontera incluye los límites político-administrativo, pero también los espacios de encuentro y desencuentro cultural en el cual se incorpora lo ajeno, pero también se expresa lo propio.

El cuadro general que ahora se presenta plantea el problema mas no lo resuelve. Este es un trabajo de investigación que debería programarse para ver sus realidades y también sus posibilidades en el momento actual y dentro de un contexto multicultural que rebasa las fronteras político-geográficas. Entiendo por multiculturalismo lo que, en resumen, Pederson dice, citado por Roberto Ramos Meléndez y Carmen Reus Velásquez. Multiculturalismo es: "Una amplia gama de grupos sin que se les compare u ordene en términos de lo bueno o lo malo que es uno respecto al otro y sin que se niegue la perspectiva o bagaje que cada cual tiene aún cuando éste sea complementario, diferente o contradictorio entre ellos". (Ramos y Reus, 1998, p.99)

Es decir, el centroamericanismo debe pasar por el multiculturalismo que rebasa las fronteras político-administrativas y que incluye grupos étnicos (indígenas, negros y chinos, etc.) y sus respectivas variables o incluye también grupos de género, sociales, económicos, de filiación, nacionalidad, lengua, religión, ritmo y música, etc. Es más, este multiculturalismo no es necesariamente negativo, pues la diversidad enriquece y la

homogeneidad empobrece. Por eso es importante y relevante para el futuro de América Central la diversidad cultural no sólo a nivel de visión del mundo, sino también a nivel humano y educativo.

La Cultura y el Humanismo

El tema de nuestra reflexión se da, en esta ocasión, en un contexto de humanistas que ha tomado en serio el proceso educativo que tiene lugar en cada país representado en COFAHCA. ¿Qué relación tienen las fronteras culturales y el multiculturalismo con el humanismo? El concepto de cultura que, además de servirnos para aclarar de qué estamos hablando cuando nos referimos a cultura, al mismo tiempo nos ayuda a investigar las fronteras culturales desde las perspectiva humanista.

¿Qué entendemos por cultura? Es la pregunta que quizá ustedes se han estado haciendo mientras me he referido a fronteras culturales y multiculturalismo. Cultura tiene, en su nivel más amplio, un sentido etnográfico, es decir, que se refiere a étnias y pueblos, a todo grupo humano. Como dice E.B. Tylor, "incluye conocimiento, creencia, arte, moral, ley, costumbre y otras aptitudes y hábitos adquiridos por el ser humano como miembro de la sociedad". Desde esta perspectiva, la cultura tiene las siguientes características: en primer lugar, que la cultura es como la sombra del ser humano, que lo acompaña siempre porque todos nacemos, vivimos y morimos siendo creadores de cultura. Como diría Paulo Freire, cultura es todo lo que el ser humano hace. Esto significa que la cultura es una característica eminentemente humana, parte de la esencia del ser humano. No es posible, entonces, encontrar un ser humano sin cultura, a la vez que no es posible encontrar cultura sin la

presencia del ser humano. La cultura es parte constitutiva de la naturaleza humana.

En segundo lugar, que la cultura es un producto global del ser humano. Esto es, que el ser humano es un ser recreador y creador por medio de su acción. Dice Freire que la cultura es "el aporte que el ser humano (hace) al mundo (natural) que no pudo hacer", la cultura es "el resultado de su trabajo. De su esfuerzo creador y recreador. El sentido trascendental de sus relaciones". (Freire, 1970, p.129)

El ser humano es recreador y creador por medio de su acción. Al mismo tiempo, el ser humano no es un ser humano si no produce algo, no sólo porque necesita sobrevivir, sino porque se lo impone su propia naturaleza, necesidad que subyace en esa acción que llamamos trabajo. El ser humano produce, es productor, por necesidad ontológica. Por eso se ha dicho que el ser humano se define como productor, recreador de lo ya hecho y creador de algo nuevo.

En tercer lugar, la cultura no es sólo característica del ser humano como individuo, sino que esa cultura se da en sociedad, se da como decía Freire, en el mundo, pero con el mundo. En el mundo porque comparte con toda la naturaleza su ser biológico. En este sentido, el ser humano vive como cualquier otro ser viviente sobre la tierra, sujeto a las condiciones que le impone el mundo físico y el mundo natural. Pero también, una de las características que diferencian al ser humano de cualquier otro ser viviente sobre la tierra es que es racional, no solamente vive en el mundo, sino en relación con él. Esas relaciones se dan con las cosas y con los otros seres humanos. Su relación con las cosas para usarlas y transformarlas si ellas no se ajustan

a sus necesidades. Por eso se ha dicho que el ser humano es un ser recreador y creador, recreador de lo ya hecho porque esto necesita ajustarse a las condiciones concretas que el ser humano necesita y creador porque inventa cosas nuevas, crea para mejorar su condición de vida. Ese conjunto de productos resultantes de la recreación y creación es lo que se llama cultura. Pero también, su relationalidad se da con los otros seres humanos. Esto significa que la recreación y creación no se da a solas, sino que se da en relación con los demás, como un acto social y solidario. Por eso, los actos culturales son individuales pero, simultáneamente, se dan en relación con otros seres humanos, esto es, se dan en sociedad. Esta es la razón por la cual afirmamos que toda cultura no sólo responde a la presencia del ser humano como individuo, sino a la presencia del ser humano como sociedad. Cada sociedad tiene su cultura y cada cultura corresponde a una sociedad.

Esto también significa que todos los seres humanos nacen condicionados por factores naturales, pero también nacen condicionados por factores culturales. El ser humano aparece en el mundo culturalmente determinado por un conjunto de instituciones y creencias que son compartidas por las generaciones anteriores. Existe pues una totalidad ya estructurada y dinámica que llamamos cultura.

En pocas palabras, cultura es el sistema de vida que es común a un grupo de personas y a un pueblo entero en el cual cada individuo tiene la virtud de ser recreador y creador de la cultura de su sociedad. Este sistema se ha creado como resultado de una historia vivida por un grupo determinado o por un pueblo como totalidad, historia que también expresa la presencia del ambiente natural en el cual ese grupo o ese pueblo viven. Ese sistema

recreador y creador tiene diferentes expresiones de carácter económico, social, político, ideológico, científico, mitológico, ético, religioso, técnico, etc., como dice el filósofo Gómez García: "Defino la cultura globalmente, abarcando todos los niveles que componen el sistema social, en su complejidad, interrelacionándose entre sí, operantes de modo consciente e inconsciente". (Gómez García, 1991, p.171)

Es decir, cultura es el sistema de vida individual, pero también social; es el sistema común de un grupo o pueblo local, pero también es el sistema global; es la recreación y creación concreta, pero también es la recreación y creación como un todo.

Esto significa que los criterios centroamericanos que aquí se esgrimen, no corresponden a motivaciones conquistadoras, ni colonizadoras, ni siquiera a intenciones político-administrativas considerándolas ingenuamente neutras, sino a criterios humanistas, pero no sólo un humanismo individualista, sino también grupal, no sólo un humanismo local, sino también global que pone en su base un comprensión del ser humano que, además de ser individual es también social y solidario a todo nivel.

La Acción Cultural de Frontera

Las fronteras étnicas, de género, sociales, económicas, de filiación, de nacionalidad, de idioma, de religión, de música, etc., fronteras milenarias que han separado a pueblos, se confrontan, en el día de hoy, con nuevas invasiones culturales que crean nuevas formas de vida: pero que a la vez instalan nuevas fronteras. Existe un multiculturalismo como producto de la recreación y creación humana, pero también existe un quiebre de fronteras culturales y el fortalecimiento de otras.

Sobrevive pues, una invasión cultural, una nueva colonización que, a su vez, pone en agenda la acción cultural.

El nuevo orden mundial actual, teniendo como mediación las compañías transnacionales, los medios de comunicación masivos y de entretenimiento, la invasión tecnológica, la transnacionalización del capital con sus respectivas casas financieras, la transnacionalización de la producción, etc., está implantando con más fuerza la globalización que rompe fronteras y desestructura particularidades, idiosincrasias, comunidades y culturas populares, creando así un mundo homogéneo. Por ejemplo, la internacionalización de la producción de la materia prima también ha globalizado la explotación de la mano de obra creando amplios sectores del mundo haciendo maquila. Como dice Wing-Ching Sandi: "La vorágine de transformaciones que convulsionan nuestros tiempos avanzan en la configuración de un mundo que hoy nos muestra una geopolítica sin estados, estados sin fronteras, Capitalismo sin ciudadanía, mercados sin límites, comunicación uniforme, universidad-empresa, cultura de desesperanza, un mundo que tiene por consigna "modernizaos y todo se os dará por añadidura". (Wing-Ching Sandi, 2000, p.155)

Ese nuevo orden mundial tiene en sus manos la lógica del mercado que se ha convertido en árbitro social y cultural de las culturas tradicionales de las cuales venimos hablando. Esta situación ha generado una crisis por la ambigüedad que impone y por la incertidumbre que deja sobre la manera de ver los esquemas tradicionales con los cuales hemos venido trabajando. Todo esto está alimentado por los cambios en la estructura de poder mundial, la explotación desmedida

de los recursos naturales del planeta y la crisis ecológica consecuente, las grandes movilizaciones migratorias a nivel interno y externo que traspasan las fronteras nacionales y también las fronteras étnicas y la concentración de la riqueza y su consecuente polarización entre el estado de bienestar de una minoría y el estado de miseria de grandes sectores humanos. Incluso, el surgimiento de la crítica a la racionalidad que impone esta modernidad y el nacimiento de la así llamada postmodernidad.

Al mismo tiempo, se evidencia que es imposible totalizar culturalmente a todos pueblos, imponer sus principios homogeneizantes que nos hacen parecer iguales, pero que son visiones engañosas de nuestro mundo. Esto se debe a que, por una parte, la misma lógica globalizante, sea que ella se interprete geográficamente o no, trae consigo su misma contradicción, pues ella se agota donde se agotan los límites del territorio que globaliza, donde termina el número limitado de culturas expuestas a esa globalización. La globalización tiene sus límites en el lugar donde ya no puede globalizar. Por otra parte, los globalizados, o así llamados excluidos, han tomado diferentes caminos para que el remolino del huracán afecte, pero no destruya las identidades por las cuales se ha luchado por milenios.

Adriano Corrales Arias nos dice cómo los sectores excluidos han optado por el camino de informalidad para poder cruzar fronteras geográficas, físicas y culturales y llegar al otro lado de la frontera y hacer oír sus voces, para ser tomados en cuenta, para ser tratados como "otro" entre "otros" y para dejar de ser ilegales, sospechosos y perseguidos. De esta manera, los obreros de ocasión, los peones ambulantes, los pandilleros, las prostitutas, los drogadictos,

las étnias, las lesbianas, los homosexuales, etc., han comenzado a crear, mediante su acción cultural, espacios de encuentros y de desencuentro, de contacto y de distensión, creando así "culturas de fronteras". Es en estas fronteras donde se dan las yuxtaposiciones, los entrecruzamientos, donde se manifiestan las grandes contradicciones y también las convergencias (Corrales Arias, 1998, p.103-114).

Estos sectores son los que han demostrado que la acción cultural es un instrumento que tiene capacidad de sobrepasar fronteras, que las atraviesa para satisfacer y para aportar con su creación originaria, para aceptar y ser aceptado, para oír y ser oído, para ver y para ser visto, para salir de la "cultura del silencio" como diría Freire, para poder "decir su palabra".

Esta situación conduce, a su vez, a la reconsideración de la forma de abordar los problemas de las fronteras culturales y a la acción cultural como forma de crear nuevos espacios de vida. Es más, reconsidera los principios epistemológicos que tradicionalmente se aplican en el acto de conocer científicamente, conocimiento que nos permita conocernos a nosotros (as) mismos (as), nuevamente la expresión lapidaria: "conócete a ti mismo". Se trata de redescubrir nuestra identidad y negarse —o al menos prepararse— para la muerte de la propia identidad. Morir con identidad, pero no dejarse morir, actuar culturalmente para sobrevivir, fronteras de lucha, de solidaridad, de confrontación y de liberación. Pareciera que las fronteras político-administrativas y las fronteras culturales solamente fueran sustitutivas de otras fronteras mucho más profundas que resisten y actúan para transformar.

Cuando se habla de homogeneidad y de "aldea global" se provoca el despertar de la identidad; cuando se habla de exclusión social se provoca el despertar científico por comprender las fronteras culturales; cuando se habla de exclusión económica se provoca las marchas continuas hasta paralizar los países; cuando se habla de exclusión científica se provoca la sustitución de los paradigmas epistemológicos vigentes; cuando se habla de exclusión tecnológica se habla de humanismo; cuando se habla de acomodamiento se habla de pensamiento crítico; cuando se habla de invasión cultural se habla también de acción cultural; cuando se habla de que ya no hay esperanza, surge la educación como acción cultural para la propia emancipación. Dice Julio Barreiro que: "La tarea de educar sólo será auténticamente humanista en la medida en que procure la integración del individuo a su realidad nacional, en la medida en que le pierda miedo a la libertad, en la medida en que pueda crear en el educando un proceso un proceso de recreación, de búsqueda, de independencia y, a la vez, de solidaridad". (Barreiro, 1980, p.14)

Un enfoque humanista de las fronteras culturales necesariamente tendrá que comprender la identidad cultural como un proceso de constantes transformaciones que tiene sus propios contextos, sus propios intercambios e inclusive sus propios conflictos. Un enfoque humanista de las fronteras culturales no podrá ignorar que se trata del ser humano —en cualquiera de las culturas presentes— que a la vez que tiene fronteras, tiene también como común denominador ser recreador y creador de cultura. Un enfoque humanista de la existencia de las fronteras culturales como signo de separación y discriminación debe incorporar la interpretación de esas fronteras

como espacios posibles de enriquecimiento mutuo. Que las divisiones, tanto aquellas que se hicieron en Centroamérica con propósitos político-administrativos a fin de consolidar la colonización, como aquellas identidades culturales que crean sus fronteras para consolidar y defender su identidad son, a su vez, la oportunidad para buscar la acción cultural conjunta que enriquece y promueve el avance del ser humano. Que a la vez que se genera una invasión cultural homogenizadora, también se genera una resistencia cultural. La educación como acción cultural debe incorporar en su agenda la identidad cultural, la recreación y creación de la propia cultura, la investigación e interpretación de los espacios posibles y la resistencia y solidaridad humana.

He afirmado que tanto la fronteras milenarias que han separado a nuestros pueblos como las nuevas fronteras culturales que tienden a formarse, no se pueden dejar de pensar que han sido producto de la acción cultural. Por eso mismo, tiene un profundo significado que educadores y educadoras comiencen a preocuparse por comprender el complejo problema de las fronteras culturales de nuestros propios pueblos centroamericanos como tales y de aquellas fronteras culturales que van más allá de nuestras fronteras políticas. Si la cultura es una producción humana, la educación, y especialmente la Educación Superior, no puede ser pensada de otra manera que como el proceso de acción cultural, que es la educación el arma para superar fronteras y convertirla en oportunidades para la recreación y la creación de la propia identidad.

Confirmamos ahora que cultura es la oportunidad de recrear y crear nuestra realidad desde las oportunidades que nos provee el

momento histórico en el cual nos toca vivir. Esa perspectiva histórica tendrá que tomar en cuenta no sólo las particularidades de cada cultura, sino también la capacidad de influencias que esas culturas tienen y la ubicación adecuada que ellas pueden asumir en la lucha por la resistencia cultural. Se hace necesaria una pedagogía que enseñe a descodificar la cultura extraña y codificar los nuevos momentos culturales que integren los elementos que nos enriquecen. Se hace necesaria la educación como acción cultural que enseñe a navegar en las aguas movedizas de la globalización, descubriendo la recreación y la creación autónoma de todos los sectores culturales presentes, en todos los espacios diferenciados por las fronteras vigentes, reinterpretando e interpretando, resemantizando y semantizando, todo lo que acontece, los hechos históricos, las apropiaciones de nuevos elementos y la utilización de nuevos recursos.

Es imperativo que la educación como acción cultural genere la dimensión humanista del saber trabajar con el otro, que toda producción cultural es un espacio para construir el nuevo mundo que todos soñamos. Se hace necesario resistir para actuar sin cerrarnos a la globalización, pero tampoco sin entregarnos a ella acriticamente. Sean nuestras fronteras de carácter político-administrativas o sean culturales, es decir, psíquicas y cognitivas, tenemos que luchar por la solidaridad que comienza con nuestro autorreconocimiento, que todos luchamos por la vida y no por nuestra propia muerte, porque antes de ser sociales, económicas y políticas, amamos la vida.

Cuando indagaba cuál podría ser la comprensión que los organizadores de COFAHCA tenían sobre lo que se sugería

como fronteras culturales, se me respondió, en síntesis, que se trata de una preocupación efectivamente cultural, sin olvidar la presencia de un criterio político-administrativo de fronteras centroamericanas.

Logré comprender que preocupaba la poca claridad en las fronteras geográficas centroamericanas, lo que ha sido causa de constantes conflictos fronterizos alimentados por posiciones nacionalistas e incluso xenóforas. Por ejemplo, los casos de la frontera Guatemala-Belice, El Salvador-Honduras, Nicaragua-Costa Rica y Costa Rica-Panamá.

Sin embargo, vivimos en otra época –se nos dice– cuando nuevos fenómenos están presentes. Se mencionaron las migraciones de un país a otro, la emergencia de sectores “ocultos” o “silenciados”, tales como el sector indígena que pone sobre el tapete el problema de la fronteras étnicas.

Frente a estas divisiones, con el arma insustituible del ser humano, sujeto de su propia historia, las fronteras culturales se convierten en otras tantas oportunidades de conflicto, a menos que se comprenda que todas las culturas no generan destrucción, sino que enriquecen. Por eso, en un evento como éste, se hace necesario comenzar a pensar la educación como un acto cultural que nos haga renunciar a una educación como acomodamiento, inclusive como suicidio cultural. La educación que genera no sólo la reproducción y la producción de cultura consciente de su utopía humanista estará trabajando para la realización de un sueño en el cual haya oportunidad para todos y en el cual haya una cultura que genere justicia y paz, espacio necesario para la humanización de nuestros pueblos. Esa es la “pedagogía de la esperanza” que propone Freire, aquella que

alimenta el encuentro, que supera las fronteras político-administrativas y aprovecha las fronteras culturales para decirle a la cultura que no es la nuestra, que somos solidarios y solidarias, que somos hermanos y hermanas y

que juntos construimos, con la ciencia y la técnica más avanzada de nuestro tiempo, el futuro promisorio para nuestros hijos e hijas. Educaremos, sí, pero nunca en contra de nuestro pueblo, sino con él y al servicio de él.

Bibliografía

BARREIRO, Julio. (1980) "Educación y Concientización". En prólogo de Educación como práctica de la libertad de Paulo Freire. México: Siglo Veintiuno Editores, S.A.

CORRALES ARIAS, Adriano. (1998) "Cultura de Fronteras en las Fronteras de la Cultura". En Cultura, Identidades y Ciberespacio. San José, Costa Rica: Universidad Nacional, III Congreso Latinoamericano de Humanidades.

FREIRE, Paulo. (1970) "Educación como Práctica de la Libertad". Montevideo, Uruguay: Tierra Nueva.

GÓMEZ GARCÍA, P. (1991) "El Undécimo

Mandamiento ¿Es posible ser moral?" Barcelona: Península.

RAMOS MELÉNDEZ, Roberto y REUS VELASQUEZ, Carmen. (1998) "Visión del Mundo, Multiculturalismo y Conducta Social". En Cultura, Identidades y Ciberespacio, Editado por Rocío López y Olinde España. San José, Costa Rica: Universidad Nacional, III Congreso Latinoamericano de Humanidades.

WING-CHING SANDI, Isabel. (2000) "Educación, su reforma en nuestros tiempos". En Política Social y Educación en Costa Rica, Compilado por Alicia Guardian Fernández. San José, Costa Rica: Edición UNICEF-Costa Rica.